

EL HERMANO DE PINOCHO

Ester SolàMelgosa

INTRODUCCIÓN

Una enfermedad cuesta vivirla pero es más difícil explicarla.

La esclerosis múltiple es un camaleón que se agazapa en el cuerpo de la víctima y le da zarpazos en los momentos más dulces de su vida, en épocas en las que parece haber desaparecido.

Este cuento pretende facilitar la tarea que se presenta a un/a padre/madre en el momento en que el hijo/a pregunta:

“¿Qué te pasa?”

EL HERMANO DE PINOCHO

Érase una vez en un pequeño pueblo de Italia, la carpintería de Geppetto, el padre de Pinocho.

Como todo el mundo sabe, Pinocho era un muñeco de madera de pino tallada en una noche de luna y estrellas por el mismo Geppetto . Su historia ha hecho las delicias de miles de niños y niñas, papás y mamás, en todo el mundo. Lo que no sabéis, queridos lectores, es que en aquel taller, aquella noche, había alguien más...

Como todos y todas recordaréis, una vez Pinocho estuvo terminado, el anciano carpintero se tumbó en una cama vieja y se durmió profundamente. Pasados unos minutos, un rayo de luz blanca entró por la ventana y adquirió cuerpo de mujer. Llevaba una diadema de perlas en la cabeza y una varita brillante en la mano derecha que iluminaba un precioso vestido blanco.

Era Mielina, el hada protectora del trozo de madera que se hallaba al lado de Pinocho. Se dirigió al muñeco y le dijo:

—Pinocho, en esta historia no vas a ser tú el protagonista sino Tilito, tu hermano, al que voy a dar vida.

Giró su cuerpo hacia el bloque de madera de tilo que estaba delante, se acercó y lo tocó suavemente con la varita. Una larga hilera de estrellitas brillantes salió del palito mágico y se introdujo en el trozo de tilo. La habitación oscureció y, de repente, el bloque empezó a moverse: se alargó, le salieron dos piernas con sus pies, dos brazos con sus manos y una cabeza. Cuando finalizó la transformación, Mielina miró a Tilito y dijo:

—Te falta algo.

Le dio un nuevo golpecito y en la cabeza aparecieron ojos, nariz, orejas, boca y pelo.

El muñeco empezó a moverse, a mirar y a caminar. Se detuvo frente a Mielina y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy tu hada Mielina.

—¿Y yo quién soy, qué hago aquí?—preguntó.

—Eres Tilito, hermano de Pinocho, ese muñeco de madera, como tú, que está a tu lado. Ahora duerme porque es de noche. Te he creado para que le hagas compañía, está solo y triste y seguro que los dos os lo pasaréis muy bien. Eso sí, los juegos y las diversiones, durante el día. Cuando se esconda el sol, a dormir—respondió Mielina.

Chasqueó los dedos y desapareció. La luz que alumbraba a Tilito se apagó y el muñeco se quedó a oscuras. Cerró los ojos para descansar y esperar a que se hiciera de día.

Mientras dormía, un batallón de pequeñas vidas empezaba a organizarse en el interior de su cuerpo para el día que tenía que llegar.

Estaban capitaneadas por tres duendecillos que hacían que todo funcionara bien: Neurata, Neureta y Neurita.

Neurata era la mayor y la que se encargaba de que Tilito pudiera ver al abrir los ojos.

Neureta era la más responsable y procuraba que las manos del muñeco se movieran con agilidad con el objetivo de que si tocaban un objeto fino, rugoso, caliente o frío, Tilito lo supiera distinguir de manera fácil.

Neurita era la pequeña de las tres y la más juguetona. Su labor consistía en hacer que los pies de su amito pudieran andar, pasear, correr y saltar.

Los tres geniecillos no trabajaban solos, cada uno de ellos disponía de una troupe de ayudantes. Os preguntaréis: “¿Cómo se organizaban?”

Tanto Neurata, como Neureta y Neurita vestían con ropa de deporte blanca pero como en el interior del cuerpo de Tilito hacía frío, llevaban un abrigo con una cola muy larga y ligera, que las ayudaba a moverse.

El abrigo de Neurata era rojo, el de Neureta azul y el de Neurita amarillo. Cuando tenían que trabajar, cada una de ellas se tenía que poner en contacto con alguna amiga que llevara el abrigo del mismo color, y provocar que las dos colas se tocaran. Pero, ¿quién daba la orden para que

toda esa maquinaria se pusiera en marcha? Dentro de la cabeza de Tilito vivía un señor muy serio y listo al que todos le tenían mucho respeto: El señor del sombrero gris. Su trabajo era agotador porque se pasaba todo el día organizando y dando órdenes a los grupos de trabajo para que Tilito pudiera hacer todo aquello que llevaba a cabo sin darse cuenta.

Cuando amanecía, El señor del sombrero gris llamaba a Neurata, Neureta y Neurita para dar sus primeras órdenes:

—Neurata, busca a tus amigas de cola roja y diles que Tilito quiere que sus ojos vean, se ha despertado —decía El señor del sombrero gris a Neurata, que salía corriendo a buscar y tocar a una amiga con cola roja.

Entonces, Neurata buscaba y tocaba a otra amiga con cola roja hasta llegar a la última, que tocaba al ojo y le decía:

—¡Levanta el párpado, que Tilito se ha despertado!

Después, El señor del sombrero gris ordenaba a Neureta:

—Neureta, busca a tus amigas de cola azul y diles que Tilito quiere que sus brazos y manos se muevan, quiere desayunar.

Y Neureta salía corriendo a buscar y tocar a una amiga con cola azul; ésta a su vez buscaba y tocaba a otra, así hasta llegar a la última, que tocaba el brazo y la mano y les decía:

—¡Moveos, que Tilito quiere desayunar!

El señor del sombrero gris seguía organizando el trabajo de todos de manera incansable:

—Neurita, busca a tus amigas de cola amarilla y diles que Tilito quiere que sus pies corran, va a ir a jugar con Pinocho —le ordenaba.

Neurita salía corriendo a buscar y tocar a una amiga con cola amarilla; ésta buscaba y tocaba a otra amiga con cola amarilla hasta llegar a la última, que tocaba a los pies de Tilito y les decía:

—¡Venga, a correr, que Tilito se aburre y quiere ir a jugar con Pinocho!

Así todos los días y por la noche, a descansar.

Llegó una mañana en la que el sol no apareció. Las nubes tapaban el cielo, arremolinado en una ráfaga de viento que abrió de golpe la habitación en la que Tilito y Pinocho jugaban.

El estruendo provocó que los muñecos cerraran los ojos y se taparan los oídos. Cuando el silencio volvió a reinar en la habitación y los niños abrieron los ojos, lo que allí había era una figura que les llenó de miedo y que hizo que se abrazaran. Una mujer con corona plateada y vestido negro se plantó delante de ellos y sonreía de una manera burlona. En su mano derecha sostenía una delgada varita negra.

—Hola queridos niños, soy Escle, el hada misteriosa y hermana del hada Mielina. Estoy aquí para ser tu amiga, Tilito. Por ahora no quiero ser tu amiga Pinocho, tal vez más adelante. —rió en voz baja, burlona, tapándose la boca con la mano izquierda.

—Tilito, espero ser tu compañera misteriosa para siempre. No me verás ni me oirás, pero estaré contigo —finalizó tajante.

Tocó entonces la cabeza del niño de madera con la varita. Una nubecilla oscura se introdujo en Tilito como lo hace el humo de una hoguera cuando se apaga. Inmediatamente después, Escle se esfumó profiriendo una sonora carcajada:

—¡Jajajaja!.

Los muñecos no entendían qué había pasado ni porqué, así que continuaron jugando. Esa mañana tocaba jugar a explicar historias fantásticas y misteriosas. Se miraron unos segundos y se echaron a reír.

—Tilito, te toca empezar a ti —dijo Pinocho.

—¿No has tenido bastante con la historia misteriosa de Escle? —respondió.

Se volvieron a mirar fijamente y rieron de nuevo.

Al día siguiente, el sol volvió a salir con energía y Pinocho tocó a Tilito para despertarlo.

—Vamos Tilito, despierta. Tenemos que ir a desayunar y a jugar.

—¡Ya voooooy! —respondió el niño, que esa mañana se notaba raro. Cuando salió de la cama y se puso en pie, la rodilla se dobló y cayó al suelo. Pinocho le ayudó a levantarse y fueron los dos a desayunar.

—Pinocho, detente —dijo Tilito.

—¿Qué pasa? —preguntó Pinocho, intrigado.

—¿Hay dos soles en el cielo esta mañana? ¿Hay otro Pinocho como tú a tu lado? —preguntó Tilito, asustado.

—No, sólo hay un sol en el cielo y un Pinocho, que soy yo.

—¡Escle, hada mala! Tú tienes la culpa de todo. ¡Mielinaaaaaa! ¿Dónde estás? —chilló Tilito, mientras lloraba amargamente.

—Estoy aquí, Tilito. Tranquilo, yo sé lo que te ocurre —dijo Mielina, que apareció por sorpresa.

—¿Qué, qué me ocurre? —le preguntó, angustiado.

—Cuando Escle te tocó ayer, cortó algunas colas de las amigas de Neurata, de Neureta y de Neurita. Por eso las órdenes del señor del sombrero gris no llegan a la última amiga de la cadena y eso hace que no puedas ver bien o que tus manos no sientan lo que tocan o que, como te ha sucedido, la rodilla se doble y te caigas —explicó Mielina.

—¿Y por qué me ha pasado a mí y no a Pinocho? ¿Esto es para siempre?

—No lo sé, Tilito. Eso la única que lo sabe es Escle—contestó apesadumbrada Mielina.—No te preocupes, llegará un día en el que el hada mala se hará buena y solo habrá un sol en el cielo.

Y chasqueando los dedos, desapareció.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Soy Ester SolàMelgosa, balaguerina (Balaguer, Lleida) de cuarenta y cinco años y afectada de esclerosis múltiple desde hace quince.

Mi vida habría discurrido por otros derroteros si aquel cuatro de abril, día en que nació Ariadna, el camaleón que dormía en mi cuerpo no hubiera despertado.

En todo este tiempo he aprendido que no debo vivir contra la esclerosis sino junto a ella.

De entre toda la rabia, desazón, llanto y dolor que me ha supuesto su presencia le debo dar las gracias por la capacidad narrativa y de expresión que me otorga.

Deseo que la lectura de esta historia sirva para que padres e hijos aprendan a conocerla y entenderla mejor.